

MANGLAR

Eduardo Cerecedo*

I

El día se va con el viento, va rumbo al mar.
La luna ha empezado a maquillar la comarca platanera.
El viento trae el sabor de lebranchas ahumadas en su soplado,
en la bocana del río se junta la víspera de cabañuela
con la lluvia primeriza que tiende las velas a su paso.
El día galopa mar adentro, en su cabalgar va incendiando las barcas.

II

Camino por los límites de la tarde, los colores esparcen su lindero.
El cielo alumbra el zumbido que hace el papalote.
Con la vista puesta en las casoarinas
se fuga el instante –a lo lejos–, el mar se nutre de augurios
terrenales:
Traídos en canoas con redes de salitre en los maderos.

III

Las chicas se desbordan por completo
la lluvia las vence,
como lo hace con la tarde de junio;
chorros de agua acumula el cielo en sus tallos,
las chicas tiemblan con los pájaros adentro

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

—todo avanza—, la brisa deja caer su primer chapoteo
que poco a poco la oscuridad devora.

IV

El alumbrado que bordea del malecón al muelle
se disuelve en agua mordida por las voces lejanas,
el chillido de gaviotas ausente
fríega a la noche bugambilia en astillero sitiado por la luna.
La marejada propaga su nivel en la regata de los sones,
el embrujo nocturno del arpa y la jarana
empuja este alisio en ráfagas de luz que desborda
el puerto en la noche.

V

En la horqueta de ese mangle
un mono blanco lame su sexo hasta sangrarlo.
Un líquido luminoso gotea por la espesura de la fronda,
el mono trepa por la copa del árbol,
se revuelca dando gritos feroces,
pasando la furia queda patas arriba.
Su semen cuelga de las hojas como un halo de luna
devorado por el alba.

VI

Los trinos de las aves olean ligeramente el fragor del aguabajo.
Entre cangrejos, raíces, mapaches, tejones y lagartos; huye el día
mordisqueado por el trópico, aguaviva que crece en los helechos.
Los ruidos en la sabana tienen algo de luz que amarillea
el agua que los moja.

VII

El platanar anuncia los pasos del aguacero,
la negrura de las nubes tiende su hocico de agua
en la algarabía de las ranas.
Amanecemos con norte. El manglar hace llegar hasta aquí
su olor a retoños nutritivos.
Un vaho de aromas se levanta de lo más recóndito del estero
y zurde al jadeo de la iguana.

VIII

La ceiba apenas cabe en el cielo, un ventarrón la roza
la hace más grande en su silbido.
La tarde despliega sus bejucos para tocarla,
las nubes crecen en sus ramas de niebla.
Todo es rumor en su corteza,
la humedad del bosque late en su silencio.
Cuando llueve y hace luna llena, la ceiba se hace día, río, mar,
cielo, eclipse de agua donde se esconde por segundos
la selva entera.

IX

Los perros la lamen con sus aullidos
mientras el río se hace manjúa de peces
con la marea que de ella nace.
Sus ramas repletas de viento arañan el horizonte
atrapado en sus raíces aéreas.
Los cangrejos escalan ese tronco rugoso en su ciénaga.
Aquí adentro la higuera se quiebra en hilos de agua
con algo o mucho del trópico
más allá de mi vista.

X

La oscuridad empezaba a llenar las cuevas de los cangrejos en la isla platanera.

De un momento a otro subía la marea con una fuerza, que hacía crujir las marañas de luz y hierba, inclinadas por la tibieza en que aparecían las primeras estrellas en los ojos de los peces arrastrados en la corriente turbia del anochecer.

Las horas blandas resbalaban por el acantilado del río, que cubría las raíces del mangle pobladas de ostiones y de almejas, a su vez, sorbían en su silencio parte de ese mundo interno de aquellos ojos de agua crecida.

Sobre el viento cargado de limones surgía la luna más naranja que amarilla, azolvada de musgo y de algas, y de tantas noches de marea como ésta.

